

Rikki-tikki-tavi

Rudyard Kipling



Esta es la historia del gran combate que Rikki-tikki-tavi, sin ayuda ninguna, sostuvo en los baños del vasto bungalow que había en el cuartel de Segowlee.

Darzee, el pájaro tejedor, la ayudó, y quien la aconsejó fue Chuchundra, el ratón almizclero que nunca anda por el medio del suelo sino atracado a las paredes, calladamente. Pero fue Rikki-tikki el que dio la pelea.

Era una mangosta, de piel y cola parecidas a las de un gato pequeño, pero mucho más cerca de una comadreja en la cabeza y en las costumbres. Tanto sus ojos como la punta de su hocico inquieto eran rosados; podía rascarse donde le diera gana, con cualquier pata, delantera o trasera, que se le antojase usar; podía erizar la cola hasta que pareciera un cepillo para limpiar botellas, y su grito de guerra cuando se ponía a corretear en las altas hierbas era:



— ¡Rikk-tikk-tikki-tikki-tchk!

Cierto día ocurrió que un desborde veraniego del río la arrancó de la madriguera que habitaba con su padre y su madre, arrastrándola entre chillidos y pataleos a una zanja al costado del camino. Ahí flotaba un pequeño manojito de hierba del que se aferró hasta que no supo más de sí. Cuando recuperó el sentido, yacía al calor del sol en mitad del sendero de un jardín, envuelta en barro. Un niño pequeño decía:

—Una mangosta muerta. Hagamos un funeral.

—No —dijo su madre—, llevémosla adentro para secarla. Quizás no está muerta.

Partieron con ella hacia la casa, y un hombre grande que la tomó entre el índice y el pulgar dijo que no estaba muerta sino sólo medio ahogada; así que le envolvieron en algodón, le dieron calor y ella, junto con abrir los ojos, estornudó.

—Ahora —dijo el hombre grande (un inglés que acababa de mudarse al bungalow)—, no la asusten, y veamos qué hace.

Lo más difícil del mundo es asustar a una mangosta, porque se la come la curiosidad desde el hocico a la cola. El lema de la familia de las mangostas es: “Corre y entérate”, y Rikki-tikki hacía honor a su raza. Miró el algodón, decidió que no era comestible y empezó a dar vueltas en torno a la mesa; se sentó alisándose la piel y rascándose, y trepó de un salto al hombro del niño.

—No te asustes, Teddy —dijo su padre—. Quiere hacerse amiga tuya.

—¡Ay, me da cosquillas! —dijo Teddy.

Rikki-tikki miró bajo el cuello de la camisa del niño, le olfateó la oreja y descendió por su cuerpo hasta el suelo, para sentarse ahí restregándose el hocico.

—Y ¡bueno! —dijo la madre de Teddy—. ¿Este es un animal salvaje? Será que se porta bien porque lo hemos tratado amablemente.

—Así son las mangostas —dijo su marido—. Si Teddy no la toma de la cola ni intenta enjaularla, se pasará todo el día entrando y saliendo de la casa. Démosle algo de comer.

Le ofrecieron un pedacito de carne cruda que a Rikki-tikki le gustó muchísimo. Cuando se lo terminó, salió corriendo a la entrada, se sentó al sol y erizó todos sus pelos para que se le secaran hasta las raíces. Ahí empezó a sentirse mejor.

“Aún me quedan más cosas por descubrir en esta casa —dijo para sí misma—, que cuantas hubiera podido hallar mi familia en toda una vida. Pienso quedarme para inspeccionarlo todo”.

El resto del día lo dedicó a dar vueltas por la casa. Estuvo a punto de ahogarse en las bañeras, metió la nariz en el tintero del escritorio y se la quemó con la punta del puro que fumaba el hombre grande, pues se le había encaramado a las rodillas para ver cómo se escribe. Al anochecer entró al dormitorio de Teddy para ver de qué manera se





encienden las lámparas de parafina, y cuando Teddy se metió en la cama, Rikki-tikki hizo lo mismo. Pero no era un compañero muy apacible, porque se lo pasaba levantándose la noche entera, cada vez que oía un ruido, para ver de dónde venía. Cuando, a última hora, la madre y el padre de Teddy entraron a darle un vistazo a su hijo, Rikki-tikki estaba despierta encima de la almohada.

—Eso no me gusta —dijo la madre de Teddy—. Podría morder al niño.

—No hará nada semejante —dijo el padre—. Teddy está más seguro con esa fierecilla que si tuviera un sabueso vigilándolo. Si en este instante entrara una serpiente en este cuarto...

Pero la madre de Teddy no quería ni pensar en algo tan horrible.

Temprano por la mañana, Rikki-tikki salió a la entrada de la casa para desayunar; iba montada sobre el hombro de Teddy, y le dieron algo de plátano y de huevo pasado por agua; luego se fue sentando en las rodillas de todos, uno tras otro, ya que todas las mangostas de buena familia pretenden ser algún día mangostas caseras, y terminar disponiendo de habitaciones por las cuales poder correr; la madre de Rikki-tikki (que antaño viviera en casa del General, en Segowlee) le había explicado cuidadosamente lo que debería hacer si llegaba a encontrarse entre hombres blancos. Después Rikki-tikki partió rumbo al jardín, en busca de algo que valiera la pena. Era un amplio jardín, cultivado sólo a medias, con arbustos de rosas tan grandes como glorietas; tenía limeros, naranjos, matas de bambú y sectores llenos de hierba alta. Rikki-tikki se lamió los labios.

—Esto es un espléndido coto de caza —dijo, y de solo pensarlo se le infló la cola como un cepillo para limpiar botellas, y correteó por todo el jardín, husmeando aquí y allá hasta, que oyó unas voces muy tristes que venían de un espino.

Se trataba de Darzee, el pájaro tejedor, y de su mujer. Habían hecho un hermoso nido juntando dos hojas grandes y cosiéndolas con fibras por los bordes, y lo habían llenado de algodón y pelusa parecida al plumón. El nido se balanceaba de un lado a otro, y ellos, sentados en el borde, lloraban.

—¿Qué pasa? —preguntó Rikki-tikki.

—Estamos desconsolados —dijo Darzee—. Ayer se nos cayó un hijito del nido, y Nag se lo comió.

—¡Hmm! —dijo Rikki-tikki—. Eso es muy triste..., pero yo no soy de aquí. ¿Quién es Nag?

Darzee y su mujer se limitaron a ocultarse en el nido, sin contestar, porque del tupido pasto que había al pie del arbusto salió un silbido sordo, un sonido frío, horrible, que hizo a Rikki-tikki dar un salto de medio metro hacia atrás. Centímetro a centímetro fue apareciendo entre el pasto la cabeza y la capucha abierta de Nag, la enorme cobra negra que medía casi dos metros desde la lengua hasta la punta de la cola. Cuando ya había levantado del suelo una tercera parte del cuerpo, permaneció balanceándose hacia





adelante y hacia atrás, exactamente igual que una mata de diente de león mecida por el viento, y miró a Rikki-tikki con esos ojos tan malvados de las serpientes, esos ojos que no cambian nunca de expresión, piensen lo que piensen.

—¿Que quién es Nag? —dijo—. Yo soy Nag. El gran dios Brahma puso su sello sobre todas las de nuestra especie cuando la primera cobra abrió la capucha para protegerlo del sol mientras dormía. ¡Mírame y tiembla!

Abrió más aún la capucha y Rikki-tikki pudo verle, en la parte trasera, esa marca que semeja un par de anteojos y que es exactamente igual que esa parte de un broche que se llama “hembra”. Por un segundo sintió miedo; pero es imposible que una mangosta esté asustada mucho tiempo, y si bien era la primera vez que Rikki-tikki veía una cobra viva, su madre la había alimentado de cobras muertas, así que tenía claro que el único deber de una mangosta adulta es cazar serpientes y comérselas. También lo sabía Nag, y en el fondo de su frío corazón temía.

—Bueno —dijo Rikki-tikki, y la cola se le infló de nuevo—, si dejamos aparte lo de las marcas, ¿te parece muy bonito devorar las crías que se caen de los nidos?

Nag estaba pensativo, atento al menor movimiento que se produjera en la hierba detrás de Rikki-tikki. Sabía que, si empezaba a haber mangostas en el jardín, tarde o temprano eso significaría una muerte segura para él y su familia, y quería coger a Rikki-tikki desprevenida. Inclínó un poco la cabeza hacia un lado.

—Hablemos —dijo—. Tú comes huevos. ¿Por qué yo no voy a poder comer pájaros?

—¡Detrás! ¡Mira detrás de ti! —cantó Darzee.

Rikki-tikki era suficientemente lista como para no perder tiempo mirando. Saltó hacia arriba, lo más alto que pudo, mientras por debajo de ella pasaba silbando la cabeza de Nagaina, la malvada esposa de Nag. Había venido acercándose por detrás con todo sigilo, para acabar con la mangosta; ésta la oyó emitir un feroz silbido cuando erró el golpe. Rikki-tikki cayó casi encima de su espalda, y si hubiera sido una mangosta vieja, habría sabido que ése era el momento justo para romperle el espinazo de un mordisco; pero tuvo miedo del terrible latigazo que la cobra da con su cola para defenderse. Mordió, eso sí, pero no el tiempo suficiente, y evitó el golpe de la cola dejando a Nagaina irritada y maltrecha.

—¡Darzee! ¡Malvado, malvado! —dijo Nag, serpenteando hacia lo alto lo más que pudo, para tratar de alcanzar el nido que había en el espino. Pero como Darzee lo había construido fuera de alcance de una serpiente, logró apenas remecerlo.

Rikki-tikki sintió que los ojos le ardían y se le ponían rojos (si a una mangosta se le enrojecen los ojos, está enojada); se sentó, apoyándose en la cola y las patas traseras, como un canguro pequeño, mirando a su alrededor y temblando de rabia. Pero Nag y Nagaina ya se habían perdido entre la hierba. Cuando una serpiente falla el golpe nunca



dice nada, ni revela el menor indicio sobre lo que piensa hacer a continuación. Rikki-tikki no tuvo ningún interés en seguirlas, ya que no estaba segura de poder batirse con dos serpientes a la vez. Correteó hacia el sendero de arena vecino a la casa y se instaló a reflexionar. El asunto era serio.

Si tomas un antiguo libro de historia natural, podrás leer en él que cuando una mangosta es mordida en una pelea por una serpiente, corre a comer unas plantas que la curan. No es cierto. La victoria se encuentra en la velocidad, tanto en la de los ojos como en la de los de pies; se trata del golpe de la serpiente contra el salto de la mangosta; y como no hay ojo capaz de seguir el movimiento de la cabeza de una serpiente al atacar, las cosas ocurren de un modo mucho más maravilloso que si se tratara de plantas mágicas. Rikki-tikki era consciente de ser una mangosta joven y, por eso mismo, se sentía muy satisfecha de haber esquivado un ataque por la espalda. Eso le dio confianza en sí misma y cuando Teddy corrió hacia ella por el sendero, ya estaba dispuesta a permitir que la acariciaran.

Pero en el momento mismo en que Teddy se agachaba, algo dio un respingo en el polvo y una vocecita dijo:

—¡Cuidado! ¡Soy la muerte!

Era Karait, la diminuta culebra de color marrón polvoriento que se esconde adrede en la arena, y cuya mordedura es tan peligrosa como la de la cobra. Como es tan pequeña, nadie piensa en ella, y eso la hace aún más dañina.

A Rikki-tikki se le pusieron los ojos rojos de nuevo y se acercó bailoteando hasta Karait, con ese contoneo tan singular que heredara de su familia. Parece un movimiento muy gracioso, pero es tan equilibrado que le permite dar un salto desde el ángulo que quiera; lo cual, tratándose de serpientes, es una ventaja considerable. Pero Rikki-tikki no sabía que estaba haciendo algo mucho más peligroso que luchar con Nag, porque Karait es tan chica y se retuerce tan ágilmente que, si no la mordía cerca del cogote, recibiría el latigazo en un ojo o en el hocico. Rikki no sabía eso: tenía los ojos enrojecidos y se balanceaba hacia adelante y hacia atrás, buscando el ángulo desde el cual atacar. Karait se le lanzó encima. Rikki saltó a un lado y trató de echarse sobre la culebra, pero la malvada cabecita de color gris polvoriento la embistió, casi rozándole el hombro, y tuvo que dar un elevado brinco, con la cabeza de la serpiente pegada a sus patas.

Teddy volvió a casa gritando:

—¡Miren! ¡Nuestra mangosta está matando una serpiente!

Rikki-tikki oyó gritar a la madre de Teddy y el padre corrió hacia fuera armado de un palo, pero en el tiempo que le tomó llegar Karait había dado ya otra embestida mal calculada; Rikki-tikki saltó, arrojándose a la espalda de la serpiente; metió la cabeza lo más que pudo entre sus patas delanteras, hundió sus dientes tan cerca de la cabeza como llegó,





y cayó rodando a cierta distancia. Su mordisco dejó paralizada a Karait, y Rikki-tikki se aprestaba a devorarla empezando por la cola, según la costumbre de su familia a la hora de la comida, cuando recordó que un estómago pesado equivale a una mangosta lenta, y como quería conservar su fuerza y su agilidad, le convenía estar flaca.

De modo que fue a darse un baño de polvo a la sombra de unas matas de ricino, mientras el padre de Teddy golpeaba a la ya difunta Karait.

“¿Y para qué sirve eso? —pensó Rikki-tikki—. Yo ya lo tengo solucionado todo”.

Entonces la madre de Teddy la levantó del polvo, acariciándola y exclamando que había salvado la vida de su hijo; el padre calificó el asunto de providencial y Teddy lo miraba todo con ojos de espanto. Rikki-tikki se divertía bastante con tal alboroto, que ella, por supuesto, no entendía en absoluto. Le habría dado igual que la madre de Teddy le hiciera cariño por jugar en el polvo. Rikki lo estaba pasando sensacional.

A la noche, en la cena, paseándose entre las copas de vino de la mesa, habría podido comer tres veces lo necesario y solo de cosas buenas; pero se acordó de Nag y Nagaina, y aunque le resultaba delicioso recibir caricias de la madre de Teddy y sentarse en el hombro del niño, de vez en cuando los ojos se le enrojecían y lanzaba su largo grito de guerra:

—¡Rikk-tikk-tikki-tikki-tchk!

Teddy se fue a la cama con ella, insistiendo en que Rikki-tikki debía dormir bajo su barbilla. Rikki-tikki era hartamente bien educada como para no morderlo ni arañarlo, pero apenas Teddy se quedó dormido, ella partió a dar su paseo nocturno por la casa; en la oscuridad se tropezó con Chuchundra, el ratón almizclero que se deslizaba pegado a la pared. Chuchundra es un animalito que vive desconsolado. Lloriquea y se queja toda la noche, intentando atreverse a correr por el centro de las habitaciones, pero sin conseguir nunca llegar hasta allí.

—No me mates —dijo Chuchundra, casi sollozando—. Rikki-tikki, no me mates.

—¿Tú te figuras que el que mata serpientes mata almizcleros? —preguntó Rikki-tikki desdeñosamente.

—Los que matan serpientes serán muertos por serpientes —dijo Chuchundra, más desconsolado que nunca—. ¿Cómo puedo estar seguro de que Nag no me confunda contigo una de estas noches oscuras?

—De eso no hay peligro ni siquiera remoto —dijo Rikki-tikki—; además, Nag está en el jardín, y yo sé que tú no te apareces por ahí.

—Mi prima Chua, la rata, me habló de... —dijo Chuchundra, y repentinamente se quedó callado.

—¿Te habló de qué?





—¡Sssh! Nag anda por todos lados, Rikki-tikki. Debiste hablar con Chua allá en el jardín.

—Pues no lo hice, así que tienes que decírmelo tú. ¡Rápido, Chuchundra, o te doy un mordisco!

Chuchundra se sentó y lloró hasta que las lágrimas le empaparon el bigote.

—Soy un pobre desgraciado —exclamó entre sollozos—. Nunca he tenido valor para salir al centro de la habitación. ¡Sssh! Mejor no te digo nada. ¿Oyes algo, Rikki-tikki?

Rikki-tikki puso atención. La casa estaba en completo silencio; pero creyó distinguir un rac-rac muy suave y apagado (un ruido como el que hace una avispa caminando por el cristal de una ventana), el seco roce de las escamas de una serpiente arrastrándose sobre unas baldosas.

“Es Nag o Nagaina —se dijo a sí misma—, que se introduce por la compuerta del baño. Tienes razón, Chuchundra; debí hablar con tu prima Chua”.

Se encaminó sigilosamente al cuarto de baño de Teddy, pero no halló a nadie; de ahí fue al cuarto de baño de la madre de Teddy. En la parte inferior de una de las paredes de yeso había un ladrillo levantado para que sirviera de compuerta de salida del agua, y cuando Rikki-tikki entró, pasando por el borde de ladrillos en que va encajada la bañera, oyó a Nag y Nagaina que cuchicheaban por el lado de afuera, a la luz de la luna.

—Cuando la gente se vaya y la casa quede vacía —dijo Nagaina a su marido—, la mangosta tendrá que irse, y ahí el jardín será de nuevo para nosotros solos. No hagas ruido al entrar, y recuerda que el hombre que mató a Karait es el primero que debes morder. Vienes luego a contármelo y enseguida cazaremos los dos juntos a Rikki-tikki.

—¿Pero estás segura de que ganaremos algo matando a la gente? —preguntó Nag.

—Pero claro. Cuando la casa estaba deshabitada, ¿teníamos acaso una mangosta en el jardín? Mientras se encuentre vacía, seremos el rey y la reina del jardín; y ten presente que al abrirse los huevos que hemos puesto en el melonar (lo que bien puede ocurrir mañana), los pequeños van a necesitar más espacio y tranquilidad.

—No se me había ocurrido pensar en eso —dijo Nag—. Bueno, iré, pero no es indispensable que después busquemos a Rikki-tikki. Voy a matar al hombre grande y a su mujer, y al niño si puedo, y luego me iré tranquilamente. Con la casa vacía, Rikki-tikki tendrá que largarse.

Al oír esto Rikki-tikki se estremeció toda entera de rabia y de coraje. En ese momento asomó por la compuerta la cabeza de Nag y, detrás, sus casi dos metros de helado cuerpo. A pesar de su furia, Rikki-tikki se asustó mucho ante el enorme tamaño de la cobra, que se enroscó en espiral, alzó la cabeza y miró al interior del cuarto de baño sumido en la oscuridad; Rikki pudo ver cómo le brillaban los ojos.

—Si lo mató aquí, ahora, Nagaina lo sabrá. Y al atacarlo en mitad del suelo, todas las probabilidades estarán de su parte. ¿Qué hago? —dijo Rikki-tikki—tavi.



Nag se balanceó hacia adelante y hacia atrás, y Rikki-tikki lo oyó beber agua del jarrón más grande, el que se usaba para llenar el baño.

—Bueno —dijo la serpiente—, veamos..., cuando mataron a Karait el hombre grande llevaba un palo. Quizás todavía lo tiene, pero cuando venga a bañarse en la mañana no lo traerá. Voy a esperar aquí hasta que entre. ¿Oyes, Nagaina...? Voy a esperar aquí, al fresco, hasta que sea de día.

No le llegó respuesta alguna desde afuera, por lo que dedujo que Nagaina se había ido. Nag enroscaba sus anillos uno a uno en la base del jarrón, mientras Rikki-tikki se quedaba tan quieta como un muerto. Pasó una hora antes de que empezara a moverse, músculo a músculo, hacia el jarrón. Nag se había dormido, y Rikki-tikki contemplaba su amplia espalda pensando cuál sería el mejor punto para darle un mordisco.

—Si no le rompo el espinazo al primer salto podría seguir luchando, y si lucha..., ¡ay, Rikki! Se fijó en la parte más gruesa del cuello, justo debajo de la capucha, pero no iba a poder con aquello; y morderlo en la cola sólo serviría para enfurecer a Nag.

—Tendré que morderlo en la cabeza —dijo por último—; en la cabeza, encima de la capucha, y una vez que lo tenga, no lo soltaré.

Saltó entonces sobre la cobra, que tenía la cabeza apoyada en el suelo, algo separada del jarrón, por debajo de la curva de éste; al cerrar sobre ella sus dos filas de dientes, Rikki-tikki apoyó la espalda en el bulto que tenía la pieza de cerámica roja, para sujetar mejor su presa. Esto le dio un segundo de ventaja, y lo usó al máximo. Enseguida se vio zarandeada de lado a lado, como una rata cogida por un perro..., de aquí para allá sobre el suelo, de arriba abajo, dando vueltas, en grandes círculos. Pero tenía los ojos completamente inyectados de sangre y siguió agarrada a su presa, que se retorció botando el tiesto de hojalata, la jabonera y un cepillo para friccionar la piel y que la golpeaba contra las paredes metálicas del baño. Siempre aferrada, Rikki mordía cada vez con más fuerza, pues estaba segura de que moriría a golpes y, por el honor de la familia, prefería que la encontraran con los dientes bien apretados. Mareada, dolorida, le parecía estar siendo descuartizada cuando, de repente, algo estalló como un trueno detrás de ella; un viento caliente la dejó sin sentido y un fuego rojo le chamuscó la piel. El hombre grande se había despertado con el ruido y había disparado los dos cañones de una escopeta de caza justo detrás de la capucha de Nag.

Rikki-tikki siguió sin soltar su presa, con los ojos cerrados, completamente segura ahora de haber muerto; pero la cabeza ya no se movía, y el hombre la tomó a ella, levantándola en el aire y diciendo:

—Alice, mira, aquí tenemos a la mangosta otra vez; ahora nuestra amiga nos salvó la vida a nosotros.



La madre de Teddy, con la cara muy blanca, entró y vio los restos de Nag. Rikki-tikki se arrastró hasta el dormitorio de Teddy y pasó el resto de la noche mitad descansando, mitad sacudiéndose suavemente, para ver si era verdad que estaba rota en cincuenta pedazos como imaginaba.

En la mañana casi no podía moverse, pero estaba satisfecha de sus hazañas.

—Ahora arreglaré cuentas con Nagaina, que va a ser peor que cinco Nags juntos; además, no hay manera de saber cuándo empezarán a abrirse los huevos que mencionaron. ¡Vaya! Tendré que ir a hablar con Darzee —dijo.

Sin esperar el desayuno, Rikki-tikki corrió al espino, donde Darzee cantaba una canción triunfal a todo pulmón. Las noticias de la muerte de Nag se habían extendido por todo el jardín, pues el hombre que barría la casa había arrojado el cuerpo al basurero.

—¡Oye, estúpido montón de plumas! —dijo Rikki-tikki enfurecida—. ¿Crees que es momento de ponerse a cantar?

—¡Nag está muerto..., muerto..., muerto! —cantó Darzee—. La valiente Rikki-tikki le hundió los dientes en la cabeza y no lo soltó. ¡El hombre grande trajo el palo que hace ruido y Nag cayó hecho pedazos! Ya no volverá a comerse a mis pequeños.

—Todo lo cual es cierto, pero ¿dónde está Nagaina? —dijo Rikki-tikki, mirando cuidadosamente a su alrededor.

—Nagaina llegó a la compuerta del cuarto de baño y llamó a Nag —siguió Darzee—. Y Nag salió colgando de un palo, pues el hombre que barre lo tomó así y lo tiró a la basura. ¡Cantemos a la gran Rikki-tikki, la de ojos rojos! —y Darzee hinchó el cuello y cantó.

—¡Si pudiera llegar a ese nido tuyo te echaba al suelo todas tus crías! —dijo Rikki-tikki—. No sabes lo que hay que hacer, ni cuándo hay que hacerlo. Tú estarás muy seguro ahí arriba, en tu nido, pero yo aquí abajo ando en plena guerra. Deja de cantar un momento, Darzee.

—Por complacer a la grande y hermosa Rikki-tikki, interrumpiré mi canto —dijo Darzee—. ¿Qué quieres, matadora del terrible Nag?

—Por tercera vez, ¿dónde está Nagaina?

—En el basurero, junto a los establos, llorando la muerte de Nag. ¡Qué grande es Rikki-tikki, la de los dientes blancos!

—¡Ándate al diablo con mis dientes blancos! ¿Sabes dónde pusieron sus huevos?

—En el melonar, en el lado más cercano a la pared, donde da el sol todo el día. Los escondió ahí hace ya semanas.

—¿Y no se te había ocurrido que era buena idea contármelo? ¿En el lado que está más cerca de la pared, has dicho?



—Rikki-tikki, ¡no irás a comerte los huevos!

—No. A comérmelos, precisamente, no. Darzee, si tuvieras una pizca de sentido común irías volando a los establos y fingirías que se te rompió un ala, para que Nagaina te persiga hasta este arbusto. Yo debo ir al melonar, pero si voy ahora me va a ver.

Darzee era un pajarillo de seso tan escaso, que no podía tener en el cerebro más de una idea a la vez; y sólo porque sabía que los hijos de Nagaina nacían de huevos, igual que los suyos, creía que era injusto matarlos. Pero su esposa era sensata y comprendía que huevos de cobra significan cobras jóvenes dentro de poco tiempo; así que salió volando del nido y dejó que Darzee se encargara de abrigar a los pequeños y de cantar sobre la muerte de Nag. Darzee era increíblemente parecido a un hombre en algunas cosas.

Ella comenzó a revolotear delante de Nagaina, junto a la basura, gritando:

—¡Ay, tengo un ala rota! El niño de la casa me lanzó una piedra y me la rompió.

Y volvía a revolotear aún más desesperadamente.

Nagaina levantó la cabeza y siseó:

—Tú le avisaste a Rikki-tikki que yo iba a matarla. Y, la verdad sea dicha, has elegido un pésimo sitio para ponerte a cojear.

Avanzó hacia la esposa de Darzee, deslizándose sobre el polvo.

—¡El niño me la rompió con una piedra! —chilló de nuevo.

—Bueno, tal vez sea un consuelo para ti saber que, cuando hayas muerto, me encargaré de arreglar cuentas con ese niño. Mi marido yace en el basurero esta mañana, pero, antes que caiga la noche, también ese niño yacerá inmóvil. ¿De qué sirve que intentes escapar? Voy a cazarte de todas formas. ¡Tonta! ¡Mírame!

La esposa de Darzee era demasiado lista para hacerle caso, porque el pájaro que fija su mirada en los ojos de una serpiente queda tan asustado que no se puede mover. La esposa de Darzee continuó sus revoloteos piando quejumbrosamente, sin apartarse del suelo, y Nagaina empezó a avanzar más rápido.

Rikki-tikki las oyó subir el sendero desde los establos y se apuró en dirección al lado del melonar más próximo a la pared. Allí, en un lecho de paja, diestramente ocultos entre los melones, dio con unos veinticinco huevos, más o menos, de similar tamaño a los de las gallinas, pero cubiertos de piel blanquecina en vez de cáscara.

—Menos mal que vine hoy —dijo.

Y es que veía, a través de la piel, unas diminutas cobras enroscadas, y sabía que apenas salieran de los huevos tendrían ya suficiente poder para matar a un hombre o a una mangosta. Mordió los huevos con rapidez, uno a uno, en la punta, asegurándose de aplastar las cobritas y escarbando la paja de vez en cuando para que no se le fuera a



pasar ninguna por alto. Ya no quedaban sino tres huevos, y Rikki-tikki lanzó una dichosa carcajada; pero en ese momento oyó que la mujer de Darzee gritaba:

—Rikki-tikki, llevé a Nagaina hacia la casa, y subió por la entrada y, ay, ven corriendo... ¡Va a matar!

Rikki-tikki aplastó dos de los huevos y saltó hacia atrás por el melonar, con el tercero en la boca, dirigiéndose a casa tan velozmente como se lo permitían sus patas. Teddy, el padre y la madre, estaban ya a la mesa para desayunar, pero Rikki-tikki vio que no comían nada, sino que parecían estatuas y que sus rostros lucían blancos. Nagaina, enroscada sobre la estera, junto a la silla de Teddy, estaba tan cerca de la pierna desnuda del niño, que podía lanzarse sobre ella sin esfuerzo ninguno; se balanceaba hacia adelante y hacia atrás, cantando una canción triunfal.

—Hijo del hombre grande que mató a Nag —siseó—, no te muevas. Aún no estoy preparada. Espera un poco. Quédense los tres muy quietos. Si se mueven, ataco, y si no se mueven, también ataco. ¡Ay, esta gente estúpida, que mató a mi Nag...!

Los ojos de Teddy no se apartaban de los de su padre, y éste no podía hacer más que susurrar:

—Estáte quieto, Teddy. No te muevas. Quieto, Teddy...

Entonces Rikki-tikki se acercó gritando:

—Date vuelta, Nagaina. ¡Date vuelta y pelea!

—Todo a su tiempo —dijo ella, sin mover los ojos—. Contigo voy a arreglar cuentas de inmediato. Mira a tus amigos, Rikki-tikki. Están quietos y blancos; aterrados. No se atreven a moverse y, si te acercas un solo paso más, los atacaré.

—Anda a ver tus huevos mejor —dijo Rikki-tikki—, en el melonar, junto a la pared. Anda a mirar, Nagaina.

La enorme serpiente se volvió a medias y vio uno de sus huevos sobre el piso de la entrada a la casa.

—¡Aah, dámelo! —dijo.

Rikki-tikki puso una pata a cada lado del huevo; sus ojos estaban ensangrentados.

—¿Cuánto vale un huevo de serpiente? ¿Y el de una cobra joven? ¿Y el de una cobra gigante joven? ¿Y el último..., ultimísimo de una nidada? Las hormigas se están comiendo los demás allá abajo en el melonar.

Nagaina giró en redondo, olvidándolo todo por ese único huevo; y Rikki-tikki vio cómo el padre de Teddy estiraba el brazo, agarraba al niño por el hombro y lo pasaba por encima de la mesa y las tazas de té, dejándolo fuera del alcance de Nagaina.



—¡Te lo creíste! ¡Te lo creíste! ¡Te lo creíste! ¡Rikk-tick-tick! —se carcajeó Rikki-tikki—. El niño está a salvo y fui yo..., yo, yo..., quien mordió a Nag en su capucha ayer por la noche, en el cuarto de baño.

Y empezó a saltar con las cuatro patas juntas y la cabeza mirando al suelo.

—Me zarandeó en todas direcciones, pero no logró librarse de mí. Ya había muerto antes de que el hombre grande lo volara en pedazos. Fui yo. ¡Rikki-tikki-tick-tick! Anda, ven, Nagaina. Ven a luchar conmigo. Te queda poco para seguir siendo viuda.

Nagaina se dio cuenta de que había perdido su oportunidad de matar a Teddy, y de que el huevo estaba entre las patas de Rikki-tikki.

—Dame el huevo, Rikki-tikki. Dame el último de mis huevos y me iré y no volveré jamás —dijo ella, bajando la capucha.

—Sí, te irás y no volverás nunca, porque vas a acabar en el basurero, con Nag. ¡Lucha, viuda! ¡El hombre grande fue a buscar su escopeta! ¡Lucha!

Rikki-tikki saltaba sin parar en torno a Nagaina, justo fuera de su alcance y con sus ojillos como dos brasas. Nagaina se replegó en sí misma y salió disparada hacia ella. Rikki-tikki saltó en el aire hacia arriba y hacia atrás. Una y otra y otra vez, la cobra volvió a atacarla, y su cabeza siempre fue a dar contra la estera de la entrada, en la que se golpeaba con fuerza; Nagaina volvía a replegarse en sí misma, como el resorte de un reloj. Rikki-tikki bailoteó entonces describiendo un círculo, hasta quedar detrás de ella, y Nagaina giró en redondo para no perderla de vista; el roce de su cola contra la estera era igual que el de unas hojas secas arrastradas por el viento.

Rikki-tikki había olvidado el huevo. Seguía donde mismo, y Nagaina se le fue acercando poco a poco hasta que, finalmente, mientras Rikki-tikki recuperaba el aliento, lo tomó en la boca, se volvió hacia las escaleras de la entrada y bajó por el sendero como una flecha. Cuando una cobra corre para salvar su vida, va tan rápido como un latigazo al dar en el cuello de un caballo. La mangosta sabía que, si no lograba darle caza, los problemas volverían a empezar. La serpiente enfiló hacia la hierba alta que había junto al espino y Rikki-tikki oyó, mientras corría tras ella, que Darzee cantaba aún esa tonta canción de triunfo. Pero la esposa de Darzee era más lista. Salió volando del nido al ver aparecer a Nagaina y se puso a revolotear en torno a la cabeza de la serpiente; si Darzee la hubiese ayudado, quizá la habrían hecho volver. Pero Nagaina no hizo más que agachar la capucha y seguir adelante. Así y todo, el breve retraso le permitió a Rikki-tikki llegar hasta ella, y cuando la vio meterse en la madriguera donde había vivido con Nag, la mangosta le había clavado ya sus blancos dientes en la cola, y juntas bajaron a la madriguera, aunque muy pocas mangostas, por viejas y astutas que sean, se atreven a seguir a una cobra al interior de su agujero. Adentro estaba muy oscuro; Rikki-tikki no sabía si se ensancharía de repente, dando a Nagaina el espacio suficiente para volverse y atacarla. Aguantó firme y clavó las patas en el suelo para que le sirvieran de frenos en aquella oscura pendiente de tierra húmeda.



Cuando dejó de moverse la hierba que rodeaba la entrada del agujero, Darzee dijo:

—Ya todo terminó para Rikki-tikki. Cantemos un himno a un muerto. ¡La valiente Rikki-tikki ha muerto! No hay duda que Nagaina la matará bajo tierra.

Empezó una canción muy triste, que inventó en ese mismo momento, y justo cuando llegó a la parte más conmovedora, el pasto se empezó a mover de nuevo, y Rikki-tikki, cubierta de barro, se arrastró fuera de la guarida, sacando las patas una a una y relamiéndose los bigotes. Darzee se detuvo, lanzando un gritito. Rikki-tikki se sacudió el polvo y estornudó.

—Todo terminó —dijo—. La viuda ya no volverá a salir.

Las hormigas rojas que viven entre los tallos de hierba la oyeron y desfilaron hacia adentro para asegurarse de que era cierto lo que decía.

Rikki-tikki se enroscó sobre la hierba y ahí mismo se quedó dormida... Durmió y durmió hasta bien avanzada la tarde, porque había tenido un día muy agitado.

—Ahora —dijo al despertar—, volveré a la casa. Y tú, Darzee, cuéntaselo al pájaro herrerillo, pues él se encargará de informar a todo el jardín que Nagaina ha muerto.

El herrerillo produce un ruido exactamente igual al de un martillo pequeño dando sobre un tiesto de cobre; no deja de hacerlo porque es el pregonero de todos los jardines indios, y va contando las últimas noticias a todo el que desee oírlas. Mientras Rikki-tikki subía por el sendero, oyó las notas con que siempre comenzaba, para pedir atención, como una campanilla avisando que la comida está lista... “¡Din-don-toc! ¡Nag ha muerto!”. “¡Nagaina ha muerto! Din-don-toc!”. A medida que iban oyéndolo, todos los pájaros del jardín se lanzaban a cantar, y las ranas a croar, pues Nag y Nagaina comían tanto ranas como pájaros.

Cuando Rikki llegó a la casa, Teddy, la madre de Teddy (muy blanca todavía, porque se había desmayado) y el padre de Teddy, salieron y casi lloraron sobre de ella; y esa noche comió de cuanto le dieron hasta que no pudo más, y se fue a dormir montada en el hombro de Teddy, y allí estaba cuando la madre fue a darle un vistazo de última hora.

—Nos salvó la vida, y a Teddy también —dijo a su marido—. ¡Fíjate tú! ¡Nos ha salvado la vida a todos!

Rikki-tikki despertó con un respingo, porque todas las mangostas tienen el sueño ligero.

—Ah, son ustedes —dijo Rikki-tikki—. ¿De qué se preocupan tanto? Todas las cobras están muertas, y si alguna quedara, aquí estoy yo.

Rikki-tikki tenía razón para sentir orgullo de sí misma, pero no se volvió engreída, y vigiló el jardín como lo debe hacer una mangosta, defendiéndolo con los dientes, a saltos, embestidas y mordiscos, hasta que no hubo cobra capaz de asomar la cabeza entre esas cuatro paredes. ❀